

LIV

EL PAJE DE DON FRANCISCO.

—Óyeme, mi paje Diego,
que de tí estoy namorada;
que me muero por tu amor,
y tu no me sabes nada.

—Sois muy niña todavía,
teneis la leche en los labios....
Hija de tan buenos padres,
y criada con regalo,
¿quereis ser enamorada
de quien es vuestro criado?
¿No sabeis, bien de mi vida,
que si os corto el mejor ramo
quedareis en árbol seco,
de vuestro amor renegando?...

La niña que tal oyó,
arreatada llorando:

—Tengo de soltarte un toro,
que los traigo á mi mandado;
que te echen por esas peñas
y te hagan en mil pedazos.

—Callaos, bien de mi vida,
que Dios-lo irá remediando;
decir helo á vuestro padre,
en chanza que non en claro;
y yo seré vuestro amante
si él non pusiese reparo.—

Otro día de mañana,
con el padre habia encontrado:

—Ha de saber, don Francisco,
que en la villa donde me hallo
me ha sucedido un suceso
muy farmoso y muy extraño;
que me requiere d' amores
una dama de alto rango,
y yo quisiera saber
en este caso qué fago.

—Esa mujer, paje Diego,
te la está Dios enviando,
y con los brazos abiertos
admitela sin reparo.—

El paje de don Francisco
á la Infanta se ha llegado:
coge en sus brazos la niña,
y la monta en su caballo;
y mientras huye con ella,
su padre le está mirando,
y por quitarles la vida,
corren detrás sus hermanos.